Cuentos Rusos

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

a 3309551

JOSÉ CARLOS BRUNA

CUENTOS RUSOS

(IDEAS DE IVÁN KRILOFF)

ILUSTRACIONES DE APELES MESTRES

BARCELONA

SALVAT Y C.ª, S. EN C., EDITORES

220 - CALLE DE MALLORCA - 220

Es propiedad

[1907]

© Biblioteca Nacional de España

Establecimiento Tipolitográfico de SALVAT Y C.ª, S. en C., editores — Barcelona

1907

© Biblioteca Nacional de España

I

EL COCINERO Y EL GATO

Este era un cocinero que tenía
un marrullero gato,
con el cual compartía,
y era en ello dichoso, cama y plato.

© Biblioteca Nacional de España

Minino era de toda confianza.
Si veía á su lado
excitante pescado,
sobre el cual todo gato se abalanza,
él seguía enroscado é indolente,
cual si aquello le fuera indiferente.
Mas, cierto día, el pobre cocinero
dejóse en el fogón un pollo entero,
asado, por más señas; y *Minino*,
esta vez traicionero,
acordándose, al fin, de ser felino,
y al olorcillo de la carne asada,
se le avivó el deseo
de meterle una buena dentellada.
Y aunque prevaricar es vicio feo,
Minino, que de vicios nada entiende,
ve aquel dorado pollo en una esquina
del fogón; dando un salto lo echa al suelo
y lo lleva á un rincón de la cocina,
sin temor, ni conciencia, ni aun recelo.
Cuando llegó su dueño, el pollo estaba
intacto en el rincón, y el gato, al lado,
con voluptuosidad lo contemplaba.
«—¡Cómo!, le dice airado.
¿Eres tú el compañero generoso
en quien puso mi fe su confianza?
¿No gozaste, dichoso,
del más dulce reposo,
de la mayor holganza,
y de lo que anhelaba tu apetito,
hasta quedar ahito,
sin que por parte mía
hallaras ni coacción ni economía?
Lo que yo hice por ti, no hubiera hecho
nadie, que era imposible mejor trato.
Compartiste mi lecho,
comiste en mi plato;
eran para tu boca las primicias,
pagué tus arañazos con caricias;
y así pagas, ¡ingrato!,
afanes y cuidados tan prolijos...
¡El que llamaba amigo y confidente,
quien quise como un padre ama á sus hijos,
compensa así cariño tan ferviente!
Falso es tu corazón. Ahora lo veo.

© Biblioteca Nacional de España

Pero puede llegar, tarde ó temprano,
el día que preveo
en que busques en vano
quien, como yo, con cariñosa mano
acaricie tu piel; sino quien fuerte
la sacuda certero,
dándote, al fin, ignominiosa muerte.»

—

Así continuó, por largo rato,
el pobre cocinero
su elocuente sermón, mientras el gato,
sin prestar atención al misionero,
que de charlar y de charlar no pasa,
del pollo deja limpia la carcasa.
Si en cambio de sermón tan peregrino
hubiese dado un puntapié al felino,
recuperado hubiera el pollo entero,
castigando al *ratero*.
Mas dando á su oratoria desarrollo,
perdió dos cosas: el sermón y el pollo.

* * *

Pueblos que ven hollados sus derechos,
lamentándose en vez de hablar con hechos,
y en vez de acción se quejan y se quejan,
al pobre cocinero se asemejan.
A esos pueblos debemos despreciarlos,
puesto que sus derechos vociferan
y los dejan perder, mientras pudieran
con dar un puntapié, recuperarlos.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

II

EL ABOLENGO

Para la feria de Buda,
un campesino llevaba
rica manada de gansos,
con la agradable esperanza
de venderlos; y queriendo
llegar temprano á la plaza,
y siendo los tales gansos
nada activos en su marcha,
para que anduviesen listos,
andaba lista la caña.
En sonidos inacordes
su disgusto demostraban;
y ya en pelotón, ya dando
saltos, batiendo las alas,
ó escurriéndose, los golpes
casi siempre atenuaban.

© Biblioteca Nacional de España

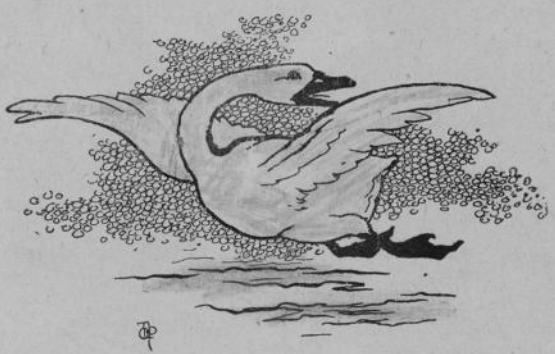
El azaroso viaje
de aquellas bestias aladas,
un potente cortesano
por acaso presenciaba.
Y cuando se detuvieron
en un charco á beber agua,
oyó á una así lamentarse:
—¡Horrible injusticia humana!
¡A los que á Roma salvaron,
de aquesta manera tratan!
¡Así nuestro heroísmo premian!
¡Así nuestros actos pagan!
—Vamos,—dice el recovero,
—no perdamos la mañana.
—¿Cómo?—pregunta el ilustre
cortesano, que escuchaba.
—¿Es verdad ese relato?
Para, campesino, para;
que á ser cierto lo que dicen,
mi autoridad los ampara,
haciéndote responsable
del agravio que les hagas.
¿Es cierta la historia esa?
—¿Cómo podéis ignorarla
vos que debéis saber mucho?
—dijo uno de la manada.
—Es noble nuestro linaje,
es nuestra estirpe sagrada;
y por los cuatro costados,
es ilustre nuestra casa.
¿No hace apenas quince siglos
en que Roma fué salvada
de los galos, por nosotros,
cuando aquéllos la asediaban?
—Pero si hace tanto tiempo
que pasó lo que relatas,
¿cómo podéis ser vosotros
los que hicieron tal hazaña?
—Somos de aquella familia.
Somos gansos, y eso basta.
—Sigue, campesino, sigue,
no se interrumpa tu marcha,
que si algo aquéllos hicieron,
los tuyos no han hecho nada
digno de ese galardón

© Biblioteca Nacional de España

que injustamente reclaman.
Siendo mi padre muy noble,
puedo yo ser un canalla.

* * *

Aquel que en sus ascendientes
timbres de nobleza funda,
y quiere ser respetado
solamente por su alcurnia,
y se le premien acciones
que no ha realizado nunca,
no es ganso del Capitolio,
es de la feria de Buda.



© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

III

EL LOCO Y SU SOMBRA

A la luz de la luna
un hombre, nada cuerdo,
perseguía á su sombra
con indecible empeño.

© Biblioteca Nacional de España

«¡Párate!, — le decía.
—¿No ves que ya no puedo
seguirte, y el cansancio
va acabar con mi cuerpo?»
Mas como el pobre loco
corría, al decir esto,
siempre continuaba
la sombra ante él corriendo.
Fáltanle, al fin, las fuerzas;
se sienta, y en el suelo
la inseparable sombra
viene á tomar asiento.
«¡También estás cansada!,
—le dice. —¡Lo comprendo!
Pero el por qué me huyes,
á comprender no llego.
Yo quisiera alcanzarte,
y es vano mi deseo.
Ahora estás á mi lado;
mas tocarte no quiero,
que donde no hay victoria,
yo galardón no encuentro.»
Esto dicho, levántase;
torna á correr de nuevo,
y delante, la sombra
sigue también corriendo.
Detiene un poco el paso,
y aquel fantasma negro,
rasando por la tierra
como tendido espectro,
continúa marcando
los pasos de su dueño.
Sigue el loco su marcha,
increpando severo
la móvil silueta,
que de sus pies partiendo,
se achica ó se agiganta
según está el terreno;
y un murallón distínguese,
trozo de blanco lienzo
de pared, respetado
por la segur del tiempo.
«Anda, — dice á la sombra,
—anda, que allí te estrello.»
Y apresurando el paso,

© Biblioteca Nacional de España

y ella no deteniéndolo,
ante aquel muro llegan.
Mas no logra su intento
el loco, pues la sombra,
sin duda algo temiendo,
se le pone al costado
y se achica en extremo.
«¿No he de alcanzarte?—exclama,
—pues adiós; te desprecio.
Ya no he de perseguirte,
ya en libertad te dejo.»
Y le volvió la espalda
en cuanto dijo aquello.
Pero, entonces, la sombra
que él iba persiguiendo,
se pone á perseguirle
sin dejarlo un momento.
«¡Ah!,—dice el pobre loco,
—no negarás tu sexo.
Me huyes, si te busco;
me buscas, si te dejo.»

* * *

En muchas ocasiones
la Fortuna hace eso.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

IV

LA CONCIENCIA

Un Lobo, nada joven,
y un Zorro viejo,
compadres se llamaban
con mutuo afecto.

© Biblioteca Nacional de España

Y juntos iban
de caza y de paseo,
como en familia.
Era, entonces, el Lobo
mucho más rico.
Y el Zorro, cierta tarde,
así le dijo:
—Mi buen compadre,
de interesante asunto
tengo que hablarte.
—Di todo cuanto quieras,
compadre mío.
—El caso es, pues, que tengo
esposa é hijos,
y ya comprendes
lo que gasta en comida
toda esa gente.
Tú, con un gallo gordo
llenas la panza,
y con cuatro gallinas
se ayuna en casa,
pues los cachorros
con feroz apetito
devoran todo.
Si puedes y si quieres
ser compasivo,
pagaré con usura
tu buen servicio.
Y ten presente
que las buenas acciones
recuerdo siempre.
El Lobo, que tenía
nobles instintos,
á pesar de ser Lobo,
y astuto y listo,
dijo al compadre:
—Yo haré que tus cachorros
no sufran hambre.
Pero si llega un día
en que ya viejo,
mientras nadie me ayude
te ayudan ellos,
de tu promesa
no te olvides, que es justa
la recompensa.

© Biblioteca Nacional de España

Cuando digo una cosa,
siempre la cumplo.
La mitad de lo nuestro
ha de ser tuyo.
Si te lo niego,
que de mí se apoderen
rabiosos perros.

* * *

Pasaron varios años,
y el pobre Lobo
se encontró miserable,
débil y solo.
Y fué una tarde
de visita á la cueva
de su compadre.
Este, con su familia,
y en la opulencia,
vivía, aunque esquivando
que lo supieran.
Pues es el caso
de que al hacerse rico,
se hizo tacaño.
—Compadre,—dijo el Lobo,
—ya llegó el tiempo
de verme en la miseria,
débil y viejo.
Nada te digo,
dejando á tu conciencia
ser comprendido.
Y el Zorro le replica:
No de conciencia
hables. Yo te hice entonces
formal promesa,
y bien merece
desprecio quien no cumple
lo que promete.
La mitad de lo nuestro
ha de ser tuyo.
Así lo he prometido
y así lo cumplo.
Un pollo tengo
para todos; pues toma.
Y le dió medio.

© Biblioteca Nacional de España

¡Cuántos en este mundo,
de esa manera,
dan falso cumplimiento
á sus promesas!
¿Qué les importa
la conciencia, si pueden
cubrir las formas?

© Biblioteca Nacional de España

V

LA FORTUNA
Y LOS TRES COMPAÑEROS

Cansada la Fortuna cierta noche,
por haber caminado todo el día,
pasando por un pueblo vió una casa
de alegre aspecto y de fachada limpia.

© Biblioteca Nacional de España

Detiénese, la observa, y dice: — En ésta
hallará algún descanso mi fatiga.
Llama. Abre un joven la atrancada puerta
y, con fina atención, á entrar la invita.
Otro aparece y dícele: — Señora,
gran honor es tan grata compañía,
pero somos tres buenos compañeros...
vivimos solos, y aunque no peligra
en nada vuestra honra, deber nuestro
es de todo lo expuesto prevenirla.
Sonrióse la Fortuna y dijo: — Gracias
por advertencia tan leal y digna;
pero ni soy de á las que el hombre asusta
ni me curo jamás de lo que digan.
— Entonces disponed de nuestra casa...
— Hasta que nazca el sol del nuevo día.
Se pasó una velada deliciosa.
Cenaron y charlaron en familia,
é interrogando supo la Fortuna
cómo aquellos tres jóvenes vivían.
Era, el primero, negociante en lanas;
el segundo cobraba en la alcaldía
un miserable sueldo; y era el otro
un perezoso, para el cual la dicha
era poder cazar algunas moscas,
acostado en la cama boca arriba.

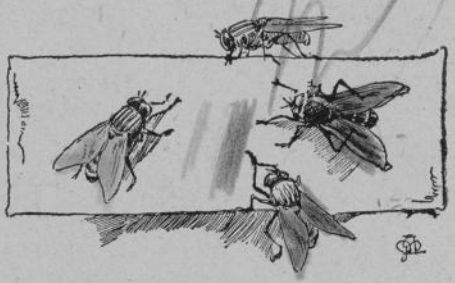
* * *

Mas ya la Aurora, á su deber esclava,
va esparciendo las luces matutinas.
La huéspeda se alza, se despide,
y dice, terminando la visita:
— Soy la Fortuna; y al marcharme, quiero
un recuerdo dejar de mi venida.
Colmados se verán vuestros deseos.
Acordaos de mí, y hasta la vista.
Esto dijo, y salió de aquella casa,
dejando la sorpresa y la alegría.
Desde entonces, el que era negociante
vió crecer en valor su mercancía.
Marchó á una gran ciudad; estableciόse,
y venciendo los tiros de la envidia,
llegó á hacerse tan rico como nunca
imaginó que á serlo llegaría.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Al empleado, de quien nadie hablaba,
lo ascendieron; llamado fué en seguida
á la corte, y allí, como la espuma,
subió sin el apoyo de la intriga.
El otro también quiso hacerse rico,
pero como el deseo de su dicha
era atrapar las moscas, en enjambres
á sus manos, derechas se venían.
Así obtuvo de moscas un tesoro;
mas como utilidad no producía,
se encontró rico y pobre á un tiempo mismo.
Que en esta breve y azarosa vida,
ayuda muchas veces la Fortuna
al trabajo, al talento ó... la osadía.
Pero jamás ayuda á la pereza,
que, indolente, la espera boca arriba.



© Biblioteca Nacional de España

VI

LÁGRIMAS Y BOMBONES

En un colegio de niños,
Pedro y Juan se conocieron,
y como á esa edad primera
todo es franqueza en el pecho,
ingenuidad en la mente
y verdad en los afectos,
si bien cambian como cambia
la veleta con el viento,
pues carecen de raíces
que sólo asegura el tiempo,

© Biblioteca Nacional de España

á la hora de conocerse
eran ya tan compañeros
y amigos, que se creía
uno, sin el otro, huérfano.
Tres meses así pasaron,
mas al cuarto, cayó enfermo
Juan, y lleno de amargura
sentóse junto á su lecho
el amigo, consolándole
así, poco más ó menos:
— Verás como te levantas
mañana; lo ha dicho el médico,
y reunidos como ayer,
en el jardín jugaremos.
Yo también enfermo estuve
de viruelas, en mi pueblo,
y, aun siendo cosa tan mala,
ya lo ves, estoy tan bueno.
— ¡Lástima fuera! Es que tú
saliste bien. Yo ahora empiezo
á estar mal, y ¡sabe Dios
qué será lo que yo tengo!
— A los siete años, ninguno
se muere; tenlo por cierto.
Y de seis á siete años
es lo que los dos tenemos.

—

Hablaban de esta manera
cuando entró en la sala el médico
y examinando al paciente,
en quien imperaba el miedo,
dijo: — Con una sangría
vamos á salir de aprietos,
y voy á hacerla yo mismo,
á fin de no perder tiempo.
Juan tiembla y lloroso exclama:
— ¡Cuánto debe doler eso!
Pedro calla y se entristece
los preparativos viendo.
Mas al ver brotar la sangre
del brazo del compañero,
prorrumpe en amargo llanto
y sale de allí corriendo.

© Biblioteca Nacional de España

A la siguiente mañana,
Juan estaba casi bueno.
Solamente el blanco brazo
con aquel vendaje negro,
de los pasados temores
representaba el recuerdo.
Pedro con Juan conversaba,
y este último, no pudiendo
ocultar la gratitud
que rebosaba en su pecho,
dijo á su amigo: — Si antes
tu cariño juzgué cierto,
hoy, no cariño de amigo,
sino de hermano lo creo.
Así habló sinceramente
Juan, cuando recibió Pedro
una linda bombonera,
llena de dulces selectos.
Y como aquél le pidiera
tomar algunos de ellos,
éste, que era muy goloso,
hízose el sordo á sus ruegos.
Entonces, el pobre niño,
arrugando el entrecejo,
exclamó: — Yo no me explico,
hermano, lo que estoy viendo.
Si mi dolor compartiste,
¿por qué, tan amigo siendo,
hoy no compartes conmigo
esos dulces que apetezco?
—No me lo explico tampoco,
—dijo el avaro en pequeño;
—despojarme de las lágrimas
casi me daba consuelo;
despojarme de estos dulces
me produce descontento.

—

Cuando juzgareis que alguno
os tiene entrañable afecto,
ponedlo á prueba y veréis
si es ficticio ó verdadero.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

VII

EL SUICIDIO

—¡Esto ya no es vivir!,—dice una liebre.
—Imposible es hallar una guarida
do podamos estar, si no dichosas,
al menos resguardadas y tranquilas.

© Biblioteca Nacional de España

Fieros perros ó plomos destructores
nos persiguen ó alcanzan en la huída.
Y cuando el cazador no nos encuentra,
en nuestra casa misma
con los hurones á buscarnos viene
y, al querer escapar, nos asesinan.
¡Esto ya no es vivir! Es un martirio,
es la inquietud continua
que, sin darnos momento de reposo,
nos oprime, entristece y aniquila.
—¡Mucha verdad!—¡Muy cierto!—replicaban
las liebres que la oían.
—Pues bien, ¿de esos cobardes asesinos
hemos de ser las víctimas?
No. Cerca de este sitio hay un estanque;
sus transparentes aguas nos invitan
á perecer allí como valientes.
La que quiera seguirme que me siga.
Otra liebre, ya vieja, al oir aquello,
dijo: —No haré yo tal, por vida mía,
pues me parece poco razonable,
á pesar de tu estoica *filípica*,
el huir de una muerte problemática
cayendo en una muerte positiva.
El marino ver puede en cada ola
su tumba, y ni se arredra ni intimida.
Arde la guerra; esparce la metralla
la muerte por doquier; las balas silban
arrancando lamentos, y parece
que todo allí ha de ser muerte y ruina.
No obstante, aquella lucha al fin se acaba,
y muchos pueden luego referirla.
Tenemos enemigos cazadores.
¿Quién no los tiene en la azarosa vida?
Mas yo he llegado á vieja, y siempre ha habido
por estos matorrales cacería.

—

Muchas liebres siguieron las razones
expuestas por la vieja con justicia;
otras á la primera se adhirieron,
y ésta les dijo: —Se equivoca, amigas,
la buena vieja; porque en ese estanque
las ranas cantan siempre, sin que exista

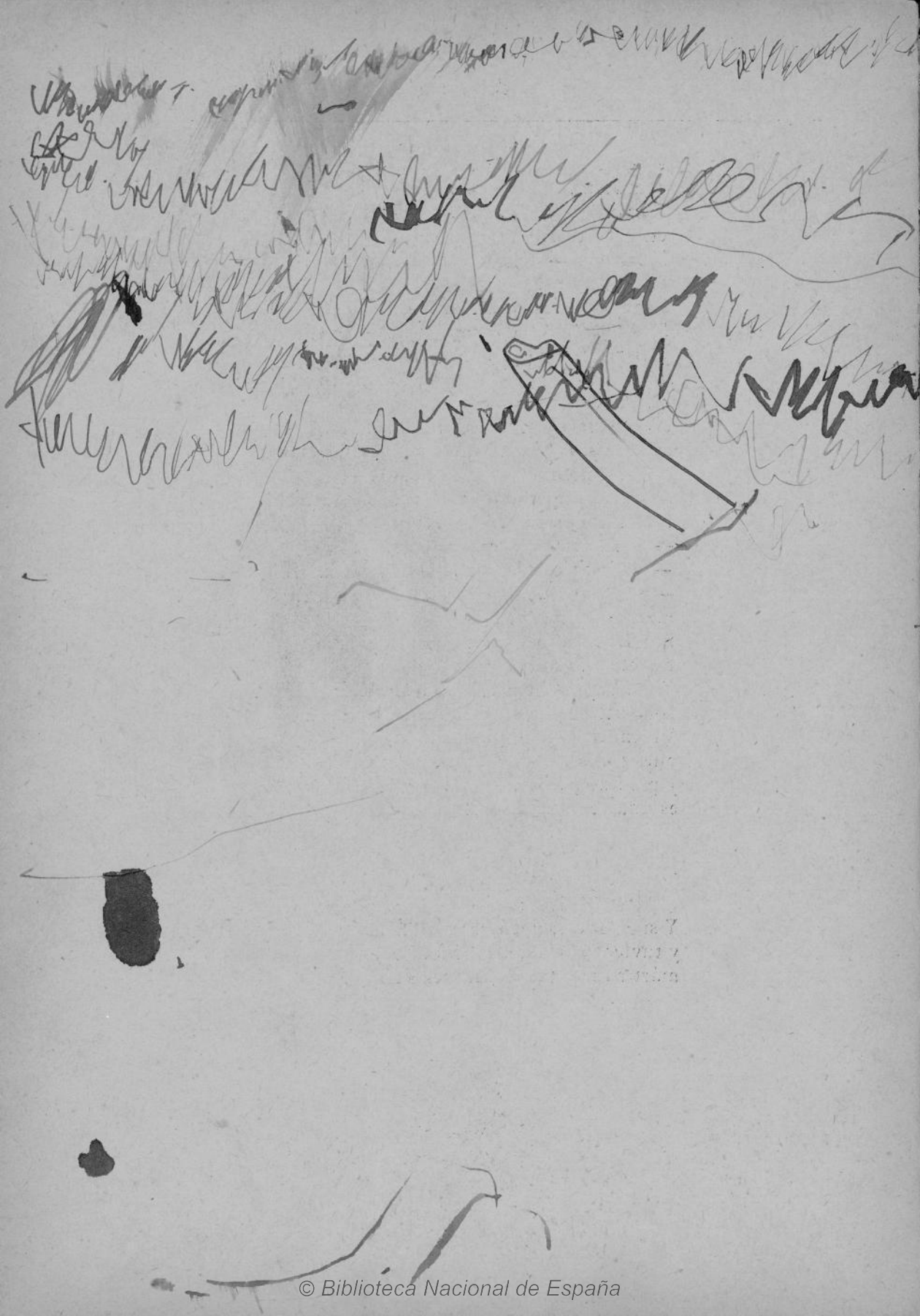
© Biblioteca Nacional de España

en ellas el temor, y de continuo
demuestran su alegría.
Muramos, pues, donde dichosas viven
esas por el destino preferidas.
Muramos, — dice, y para dar ejemplo,
al estanque se tira.
Lánzanse en pos de ella diez ó doce.
Mas las ranas, al verlas, se intimidan,
y saltan fuera por el solo instinto
de la conservación, pues se imaginan
que aquellos animales van tan sólo
con la mala intención de destruirlas.
Mientras, la liebre que impulsó á las otras,
dirígese de nuevo hacia la orilla
de aquel pequeño mar, donde le siguen
las demás entre penas y fatigas.
— ¡Desistamos, hermanas, desistamos,
— exclama con la angustia de la asfixia,
— pues veo que las ranas también tienen
miedo á la cacería!
Sin saber la intención que nos guiaba,
huyeron de terror sobrecogidas.
Y si hacen eso cuando no hay peligro,
conociendo el peligro, ¿qué no harían?
Vivamos como dijo aquella vieja,
pues todos temen el perder la vida;
y para no perderla, darnos muerte
es una verdadera tontería.

—

Al fin la liebre en la razón se puso.
Y si el hombre pensase con justicia,
y tuviera el valor que tener debe,
mártir fuera tal vez, nunca suicida.

© Biblioteca Nacional de España



© Biblioteca Nacional de España

VIII

ERNESTO Y GERMÁN

Ernesto, que contaría
unos diez años, lo menos,
era, según la *vox pópuli*,
negado de nacimiento.

© Biblioteca Nacional de España

Pero el infeliz tenía,
además de ese defecto,
otro peor: el de creerse
avisado hasta el extremo;
cosa que vemos hoy día
en infinidad de necios.
Germán, un hermano suyo,
era un niño de talento,
y, lo que no es muy frecuente,
nada orgulloso de serlo;
por lo cual en él se unía
lo entendido á lo modesto;
Una mañana jugaban
los dos en frondoso huerto,
cuando se agacha Germán,
recoge una nuez del suelo,
rómpela con una piedra,
saca lo que tiene dentro,
y con marcada intención
entrega á su hermano el resto.
Ernesto, la dura cáscara
descompone en mil fragmentos,
haciendo la dentatura
de tenazas; pero viendo
que aunque subdivide mucho,
nada saca de provecho,
y que su hermano lo observa
con disimulo riendo,
así á Germán le replica
entre indignado y colérico:
—Una vez me la has pegado;
mas para otra vez, te ofrezco
no has de alcanzar lo que ahora,
aunque te sobre el ingenio.
¿Piensas tú, cual dicen todos,
que yo me chupo los dedos?
—Lo que tú chupas son cáscaras,
respondió el otro al momento.
—Búrlate, —Ernesto añadió.
Tu burla me importa un bledo.
Pronto, quizás, te arrepientas
de la que há poco me has hecho.
Prosiguieron paseando
por aquel lugar ameno,
cuando un hermoso durazno

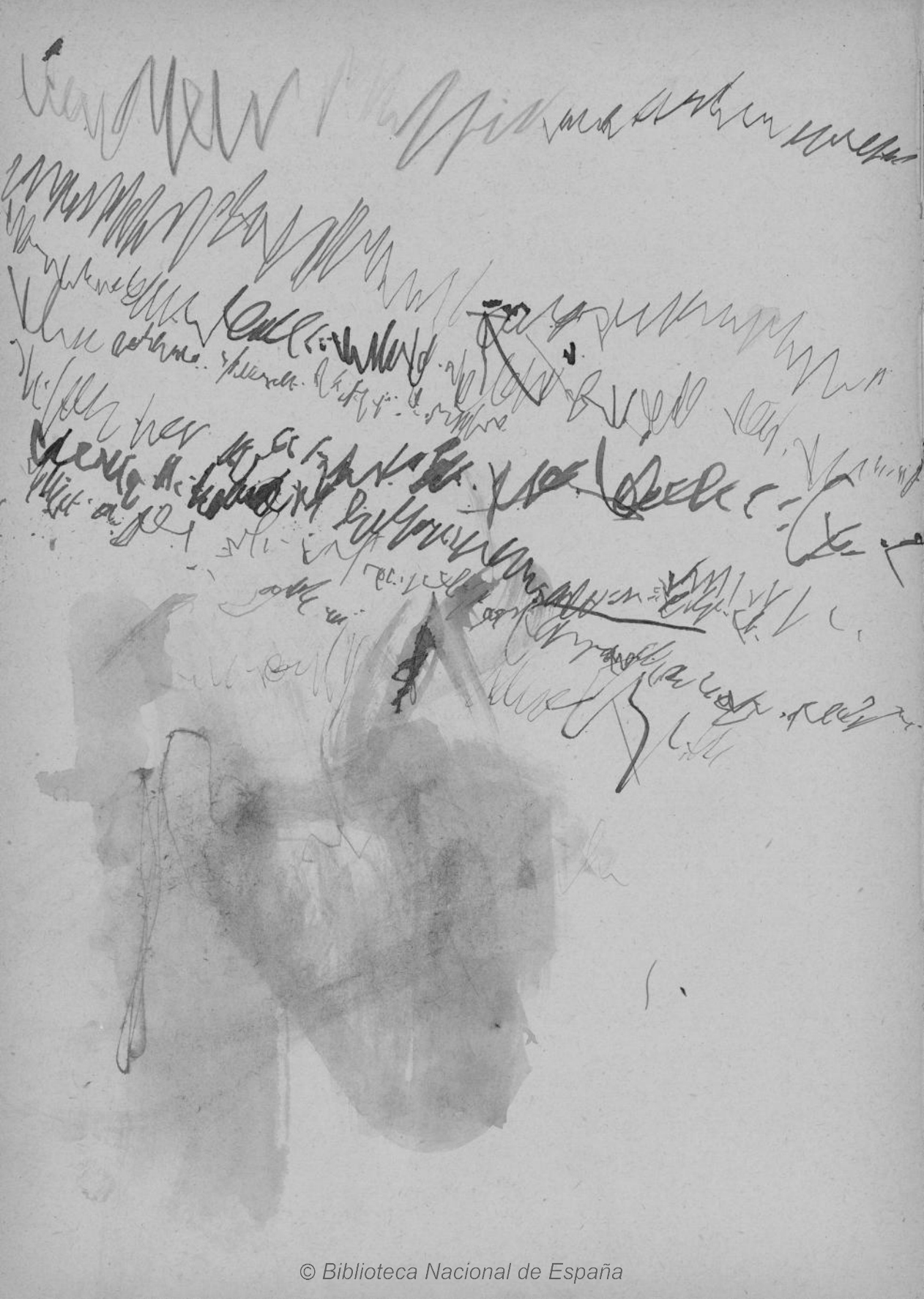
© Biblioteca Nacional de España

recogió Germán del suelo.
—¿Quieres?—á su hermano dice.
—Sí,—respóndele;—sí quiero,
mas á condición de que
tienes que abrirlo, primero;
quedarte con lo de afuera
y darme á mí lo de dentro.
El hermano respondióle:
—¡Hombre, no seas... camueso!
Partámoslo entre los dos.
Tomas medio, tomo medio,
y como buenos hermanos,
así lo compartiremos.
—Conmigo no te diviertes.
¿Piensas tú que no comprendo
la intención? Pues te equivocas.
Me has de dar lo que está dentro.

—

Abrió Germán el durazno,
y Ernesto le dijo:—Eso,
eso es lo que quiero yo;
cómete tú todo el resto.
Y dejó á Germán la pulpa
y se quedó con el hueso.

© Biblioteca Nacional de España



© Biblioteca Nacional de España

IX

ASCENSIÓN Y DESCENSO

Subió el Condor á esa altura
á que sólo el Condor llega,
y sobre escarpada roca
descansó de su carrera.
Parecen de allí los valles
verdes puntos; las aldeas,

© Biblioteca Nacional de España

blancos pedazos de lienzo
tendidos sobre la arena;
é insectillos microscópicos
los habitantes de ellas.
Vese el caudaloso río
como si fuese una hebra
de hilo azul en movimiento;
y grandes bosques y selvas
semejan obscuras manchas,
tan vagas como pequeñas.
Alaba el Condor á Dios
por haberle dado fuerzas
para llegar donde nadie,
ni aun teniendo alas, se eleva,
cuando por cierta rendija
en aquel peñasco abierta,
salió una Araña y le dijo:
—No tanto te enorgullezcas,
que aun estando tú muy alto,
yo estoy sobre tu cabeza.
Sorprendida el ave, exclama:
—No acierto de qué manera
llegar pudiste hasta aquí,
si, para desde la tierra
subir á donde yo estoy,
trepando como tú trepas,
diez años no bastarían.
Y dijo la Araña: —Esa
es la gracia. Y ahora voy
á fabricar una tela
para detener el aire
que en estas alturas reina.
—Muy bien, —replica el Condor,
—mas, ¿cómo á la roca esta
llegaste?—Con el ingenio.
—El ingenio alas no lleva.
—Pero me ofreció las tuyas,
y yo no rehusé la oferta.
—Con que ¿te he subido yo?
—Tú me elevaste á esta inmensa
altura. Y es que, en el mundo,
los grandes son los que elevan.
Por eso, uniéndome á ti
de esa ingeniosa manera,
me dije: Si sube, subo,

© Biblioteca Nacional de España

ó me estrello si se estrella.
Y tú, con fuerzas reales,
y yo, con ficticias fuerzas,
ambos á la misma altura
estamos á la hora esta.

—

Quedó el Condor pensativo.
Hizo la Araña su tela.
Mas vino un golpe de viento,
de los que en la altura imperan,
y fueron tela y Araña
arrancadas de la peña,
y llevadas donde el aire
se lleva cuanto se eleva.

—

Pueden subir los ineptos
á las más altas esferas
del poder, con osadía,
ingenio, astucia ó paciencia.
Mas si se presenta el caso
de tener que probar fuerzas,
el que no las tiene, cae,
y el que las tiene, allí queda.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

X

EL CONCIERTO EUROPEO

Un Oso, un Orangután,
una Cabra y un Pollino,
con otros irracionales
que pretenden ser discípulos,
acuerdan dar un concierto
que ha de ser, á su juicio,
concierto que asombre al mundo,
pues con el Arte divino

© Biblioteca Nacional de España

suavizarán las costumbres,
exterminarán los vicios,
y todos serán hermanos,
y si no hermanos, amigos.
El Oso elige el violón,
corpulento, como él mismo;
en la viola, la Cabra
lucirá su genio artístico;
el Asno, en el *violoncello*
dará armoniosos sonidos,
y el cuadrumano, por último,
se propone hacer prodigios
en el violín, siendo otro
Paganini de este siglo.
Pídense los instrumentos
á Berlín, pues les han dicho
que de allí son los mejores,
y los desean magníficos.
La fábrica se los manda
tal como los han pedido,
que pagando con largueza
nadie repara en pelillos,
y racionales y brutos
igualmente son servidos.
Organízase la orquesta,
pero aquí empieza el conflicto,
ya que de los instrumentos
ignoran el mecanismo
y solamente producen
el más infernal ruido.
Ante tal desbarajuste,
el Asno dice: — Yo opino
que puestos en línea recta
saldrán mejor los sonidos.
— Mi opinión, — alega el Oso,
— es la de formar un círculo.
Y arguyendo de esta suerte,
cambian y cambian de sitio,
mas, nada: los instrumentos
siempre responden lo mismo.
Hallábanse en este trance
cuando en un árbol vecino,
cierto Ruiseñor se posa
como espectador... ó crítico,
— Baja, — le dice la Cabra.

© Biblioteca Nacional de España

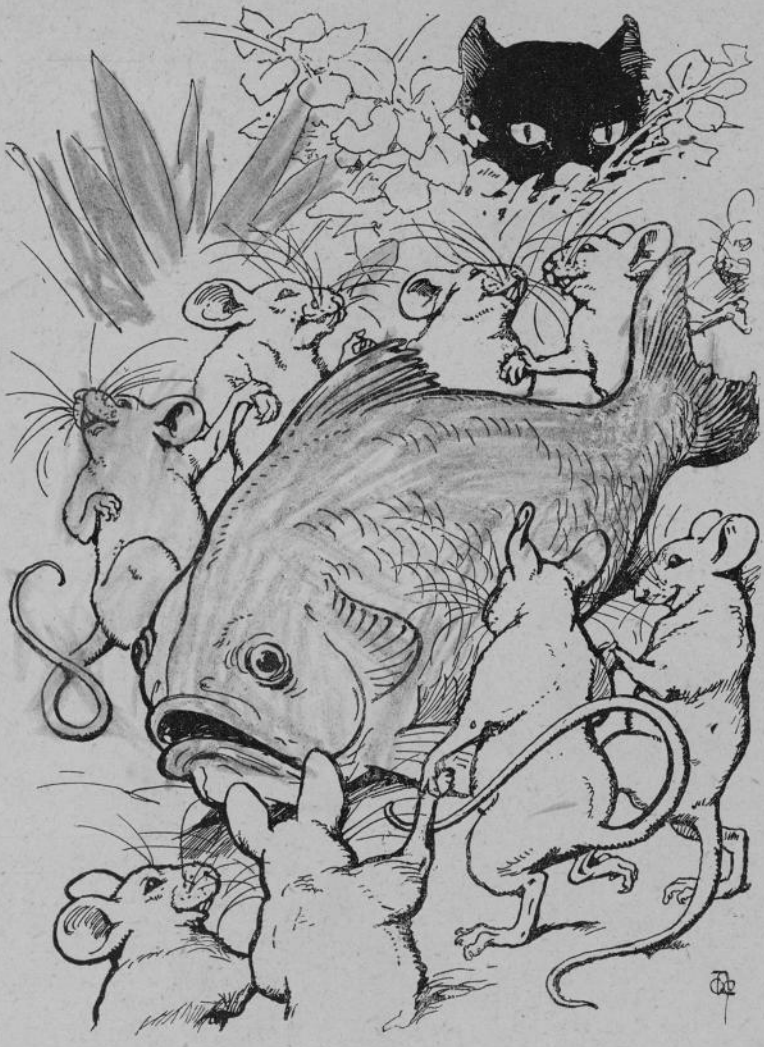
—Baja, Ruiseñor, é indícanos
qué es lo que les falta á estos
instrumentos maldecidos.
Y el Ruiseñor le responde,
sin moverse de su sitio:
—A los instrumentos, nada,
pero á vosotros muchísimo:
inteligencia y estudio,
arte, en fin. Yo canto y trino
porque la Naturaleza
ave canora me hizo.
Mas vosotros, petulantes,
queréis en el arte lírico
ser maestros no sabiendo
más que mudaros de sitio.
Pues ni de frente ni en rueda,
ni sentados, ni tendidos,
ni de otra manera alguna
lograréis vuestros designios.
Los cuatro, llenos de ira,
lanzan fieros adjetivos
contra el Ruiseñor, tachándole
de envidioso y de mezquino;
y al ver que éste se sonríe,
de furor enardecidos
le tiran los instrumentos;
pero el Ruiseñor, más listo
de lo que ellos se imaginan,
dando un vuelo, esquiva el tiro,
y *los instrumentos* son
los que caen *mal heridos*.

—

En el *Concierto europeo*
hay muchos asnos y micos,
y osos y cabras que quieren
armonizar los espíritus,
mientras que sólo consiguen
desafinar de lo lindo.
¡Dios nos libre del *concierto*
de los *músicos políticos!*

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España



XI

ZAPATERO... Á TU ZAPATO

En los cuentos suelen verse
casos tan extraordinarios,
que ninguno los creería
á no hallarse confirmados
por *testigos oculares,*
que... murieron hace años.
Y cuentan esos testigos
que allá, en los tiempos pasados,

© Biblioteca Nacional de España

cierto Gato llegó á hacerse
íntimo amigo de un Barbo.
Mal podían vivir juntos
siendo éste animal acuático
y siendo el otro terrestre.
Se entendían, sin embargo;
y como el Barbo era pez
muy jactancioso, escuchando
del amigo que allí cerca
del río había un sombrajo
donde á comer desperdicios
iban numerosos bandos
de ratones, y que él
se disponía á cazarlos
en aquella noche, díjole:
—Fija hora y te acompaño.
El amigo sonrióse,
los bigotes alisando
á fin de disimular,
y respondió:—Muy honrado
me hallara en tu compañía,
pero piénsalo despacio.
—Soy cazador.
—En el río,
no lo dudo; pero andando
por tierra, te lo aseguro
vas á pasar un mal rato.
—Ya verás que te equivocas,
porque mediante dos saltos
estoy allí. Si comprendo
que el aire me va faltando,
con dos saltos otra vez
en estas aguas me zampo.
—No quiero contradecirte.
Hasta la noche.
—Te aguardo.

* * *

Llegó la hora convenida
y fué puntual el Gato,
—Cuando tú quieras, amigo.
—Ahora mismo,—añadió el Barbo;
—anda delante y allí
nos encontraremos ambos.
Fuése el felino, y el pez,

© Biblioteca Nacional de España

de su elemento saltando,
ganó tierra; anduvo un trecho
con paciencia y con trabajo,
pero el cuerpo le pesaba
un poquito demasiado;
sus branquias iban secándose,
y ya, temiendo un fracaso,
intenta volver al río;
mas no pasa de intentarlo,
pues parece que su cuerpo
está en la tierra enclavado.
—Reniego de mi jactancia
(dice mustio y cabizbajo).
¡Así merece morir
quien, por un orgullo vano,
el elemento en que vive
deja por el ignorado!
Mas cuando acabó de hablar,
sus desgracias lamentando,
mayor desgracia y aun más
degradante, en aquel caso
vino á aumentar sus pesares,
si era posible aumentarlos.
Los ratoncillos más listos,
que de la caza escaparon,
viendo aquel pez medio muerto,
un banquete vislumbraron;
y astutos y precavidos,
y después de un conciliábulo
brevísimo, decidieron
comerse aquel desgraciado.
Pero el destino, la suerte,
la Providencia, el acaso,
lo que queráis, presentó
al amigo deseado,
á cuya vista la hueste
ratonil exclama:—¡Huyamos!
Con la boca coge al pez,
sin hacerle el menor daño,
y de nuevo lo echa al agua,
todavía respirando.

—

El pez recobró la vida,
y cuando estuvo curado

© Biblioteca Nacional de España

dijo á su amigo: —No más
aventuras. Yo no alcanzo
nada en tierra.
—Como yo
en el agua nada valgo,
—dijo el otro; —conque nunca
de nuestra esfera salgamos.

—

Pensaron bien, y lo hicieron.
Mas en España al contrario
suelen hacer los políticos,
y lo hacen, y así estamos.
El gato quiere ser pez
y el pez aspira á ser gato.

© Biblioteca Nacional de España

XII

LA IGUALDAD

No sé quién, una tortuga
puso encima de un tejado,
dejándola en libertad
de seguir un viaje largo,
si un resbalón no le hacía
brevemente terminarlo.
Con lentitud caminaba,
por costumbre, no por cálculo,
cuando un palomo salió

© Biblioteca Nacional de España

de la bohardilla de al lado
y quedóse sorprendido
viendo aquel obscuro casco.
Fíjase en él y pregúntale:
—¿Eres criatura ó diablo?
¿Eres animal ó piedra?
¿Por qué estás ahí encerrado?
Sal de tu escondrijo y anda
como nosotros andamos,
que llevar la casa encima
es expuesto en los tejados.
—¡Vaya,—dijo la tortuga,
un poco el cuello alargando,
—cómo charla el de las plumas!
¿Es, por ventura, abogado
ú orador de los que intentan
hacer ver lo negro, blanco?
—Lo que hago es aconsejarte,
y en tu provecho lo hago.
Porque á seguir con tu casa
por este suelo inclinado,
la casa y el inquilino
van á dar el gran porrazo.
—¿Y á ti ese plumoso traje
quizás facilita el paso
por las tejas? Pues no olvides
que si de agarrarse hablamos,
tú tienes sólo dos patas,
mientras que yo tengo cuatro.
—¡Qué necio orgullo! Retírate,
siempre trepando, trepando,
y métete en el desván,
sin meterte en más preámbulos.
—Yo iré donde vayas tú.
—Mira que de veras hablo.
—La naturaleza iguales
á todos nos ha creado,
y con iguales derechos
en el mundo nos hallamos.
Los privilegios se queden
para los seres humanos;
y si la igualdad proclaman,
que empiecen por imitarnos.
—¡Buen discurso! Haz lo que quieras,
y que te lleve el diablo.

© Biblioteca Nacional de España

El palomo hacia el alero
se dirigió, paso á paso;
la tortuga fué tras él,
y cuando estuvieron ambos
en el límite, el palomo
díjole: —Duro de cascos
como de concha, eres tú.
Vuélvete atrás.
—Ni pensarlo.
Donde tú vayas, voy yo.
—¿Sí, testarudo! Pues vamos.

—

Se echó el palomo á la calle.
La tortuga hizo otro tanto.
Pero aquél abrió las alas
cerniéndose en el espacio,
y la otra su coraza
rompió en el adoquinado.
Y el palomo entristecido,
que era buen palomo al cabo,
se decía al ver aquello,
y casi filosofando:
—¿En dónde está esa igualdad
de la que hablan tanto y tanto?
¿En donde está, si al partir
dos seres de un punto dado,
el uno va para arriba
y el otro va para abajo?

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

XIII

EL MONO MIOPE

Un Mono que era miope,
no se sabe por qué causa,
mas, tanto, que no veía
á dos pasos de distancia,

© Biblioteca Nacional de España

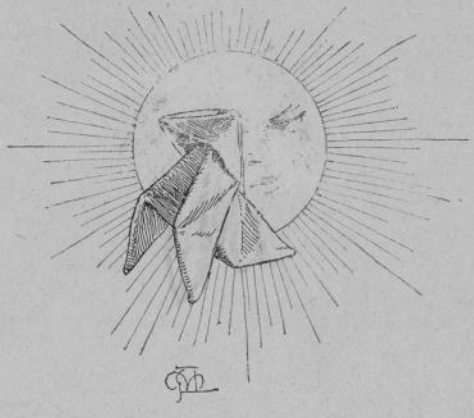
vagando por la ciudad,
oyó decir que las gafas
eran el mejor remedio
para ver; y sin tardanza,
empieza á buscar *aquello*
que pone la vista clara.
—¿Quién vende gafas?—pregunta
al primero que se halla
al paso; y aquel responde:
—Si buenas quiere comprarlas,
el óptico de ahí enfrente
las tiene, pero son caras.
—Poco me importa el dinero.
Gracias á Dios no me falta,
y, con tener buena vista,
¿qué riqueza es comparada?
Dicho esto, y casi á tientas,
sale al campo; entra en su casa,
toma dinero, y á un mico
de toda su confianza,
se lo entrega, acompañándolo
de las señas necesarias.
Pasada una media hora
vuelve con las antiparras,
diciéndome:—El que las vende
hízome preguntas varias
y yo, sin titubear,
he sabido contestarlas,
como, por ejemplo:—¿Tu amo
es miope ó vista cansada?
—Cansada debe tenerla,
aunque muy poco trabaja.
—¿Quieres cristales de roca?
—De vidrio es lo que hacen falta.
Sobre todo, caros, caros,
de los mejores que haya.
Y me entregó estos cristales,
puestos en aros de plata.
Examínalos el Mono
con detención extremada,
y aunque ve la medicina,
no sabe cómo aplicarla.
Llama al mico nuevamente,
y nuevamente le manda
á que el óptico le dé

© Biblioteca Nacional de España

explicaciones más claras.
Sabe, al fin, que ante los ojos
es preciso colocársela,
y ante los ojos la pone;
pero... nada, no ve nada.
Limpia en la piel de su cuerpo
los cristales, y no alcanza
á ver mejor; al contrario,
todo más turbio lo halla.
Entonces, juzgando aquello
una broma harto pesada,
y temiéndole al ridículo
si la burla se propaga,
tira las gafas al suelo,
donde los cristales saltan
hechos pedazos, y el Mono
así, enfurecido, exclama:
—¡Vengan otra vez á hablarme
de estas ridículas farsas!
¡Díganme que los cristales
ponen la vista más clara!
¡Aquel que no ve, no ve
con cristales ni con nada!

—

¡Así, en este mundo, juzga
á la ciencia, la ignorancia!



© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

XIV

EN LA OPOSICIÓN Y EN EL PODER

Un plácido Riachuelo,
viendo á un pastor llorar, díjole: — Anciano,
¿qué causa tan amargo desconsuelo?
Y el anciano pastor respondió: — Lloro

© Biblioteca Nacional de España

al ver de mi destino lo inhumano.
La cabra más hermosa
de mi redil, la que era mi tesoro,
del río la corriente caudalosa
arrastra sin piedad. — ¡Pérfido río!
Mas ¿por qué no reclamas lo que es tuyo?
—Me respondiera, al reclamar lo mío,
que lo por él arrebatado, es suyo.
¿Quién á señor tan grande y tan potente
cuentas puede pedir? Oye el murmullo
que eleva en su corriente:
eco es de su arrogancia y de su orgullo.
—Tienes razón, anciano; esa execrable
fiera, que encierra corazón de lodo,
tan orgullosa es como indomable.
Su dicha funda en dominarlo todo.
Yo, que soy su adversario;
yo, que odio tan infame prepotencia,
tengo que ser también su tributario,
dándole, con mis aguas, mi existencia.
¡Porque es rico de líquido elemento,
así á los pobres trata! Si algún día,
por extraño portento,
cual su corriente es, fuese la mía,
fecundizara estas hermosas tierras;
á vuestras reses diera abrevadero;
oyendo, al descender por esas sierras,
muestras de gratitud y amor sincero.
Y tu casa, pastor, que está en mi orilla,
verías en mis aguas transparentes
reflejarse, y brotar cuanta semilla
sembraseis á mi amparo; que clementes
mis aguas son, y yo, de gozo lleno,
hallo mi propio bien en el ajeno.

—

Quedó el pobre Pastor enternecido
y á sus vecinos refirió el relato
de lo que había del Riachuelo oído.
Y como á todos el oir fué grato,
execraban al río; maldecían
su potente grandeza, y siempre al Cielo
con fe sincera y con afán pedían
que hiciese poderoso á aquel Riachuelo.
Y el Cielo, al fin, cansado
de aquella petición tan insistente,

© Biblioteca Nacional de España

les dijo: —Os he escuchado,
y también va el Riachuelo á ser potente.

—

Se acumulan obscuros nubarrones;
cruzan rayos el aire, antes sereno;
desátanse doquier los aquilones,
y repercute, aterrador, el trueno.
La lluvia es torrencial; y al poco rato,
el que humilde, modesto y generoso,
se deslizaba con murmullo grato,
ruge fuerte, iracundo y caudaloso.
Sus promesas olvida,
y formando cascadas espumosas,
ve en mares su corriente convertida.
Por do pasan sus aguas cenagosas,
pasa la destrucción. Terrible y fiero,
arrasa la campiña y arrebata
árboles, casas, siembras y ganados.
Y el triste lloro y el aye lastimero
de aquellos desgraciados,
que sin piedad maltrata,
su rugido frenético domina,
esparciendo la muerte y la ruina.
Y al infeliz Pastor, que lamentaba
del río el débil daño,
le arrebató, pues á la orilla estaba,
la familia, la choza y el rebaño.

—

Si de Kriloff el cuento que ahora acabo
de referir, el pueblo comprendiera,
me atrevo á suponer que al fin y al cabo
en su sano criterio algo influyera.
Muchos con sus discursos nos ofrecen
un mundo de riquezas y ventura,
y dignos de elevarlos nos parecen.
Mas, ¿quién nos asegura
que ese *libertador* del triste yugo
con que un poder tirano nos doblega,
no llegue á ser, si á gobernarnos llega,
más cruel, más tirano y más verdugo?

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

XV

LA AVARICIA

Un infeliz mendicante
exclamaba: — No comprendo
esa ambición que domina
á quien subyuga el dinero.

© Biblioteca Nacional de España

¡Torpes y necios avaros,
que en sus tugurios viviendo,
escatiman hasta el pan
del necesario sustento,
y mueren dejando á otros
todo el oro que reunieron,
sin apreciar sus delicias,
sin gozar de sus efectos.

—

Apenas el mendicante
acabó de decir esto,
abrióse un espeso muro
y de su negruzco seno
separóse un nigromántico,
de dulce y tranquilo aspecto,
trayendo asida una bolsa,
que se la ofreció diciendo:
—Piensas razonablemente
y hacerte dichoso quiero.
Cada vez que en ella metas
la mano, encontrarás dentro
un ducado. Cuando juntes
los que estime tu criterio
necesarios á cubrir
tus bien fundados deseos,
arroja la bolsa al río,
y apropiándote el dinero,
disfruta de sus delicias
y goza de sus efectos.

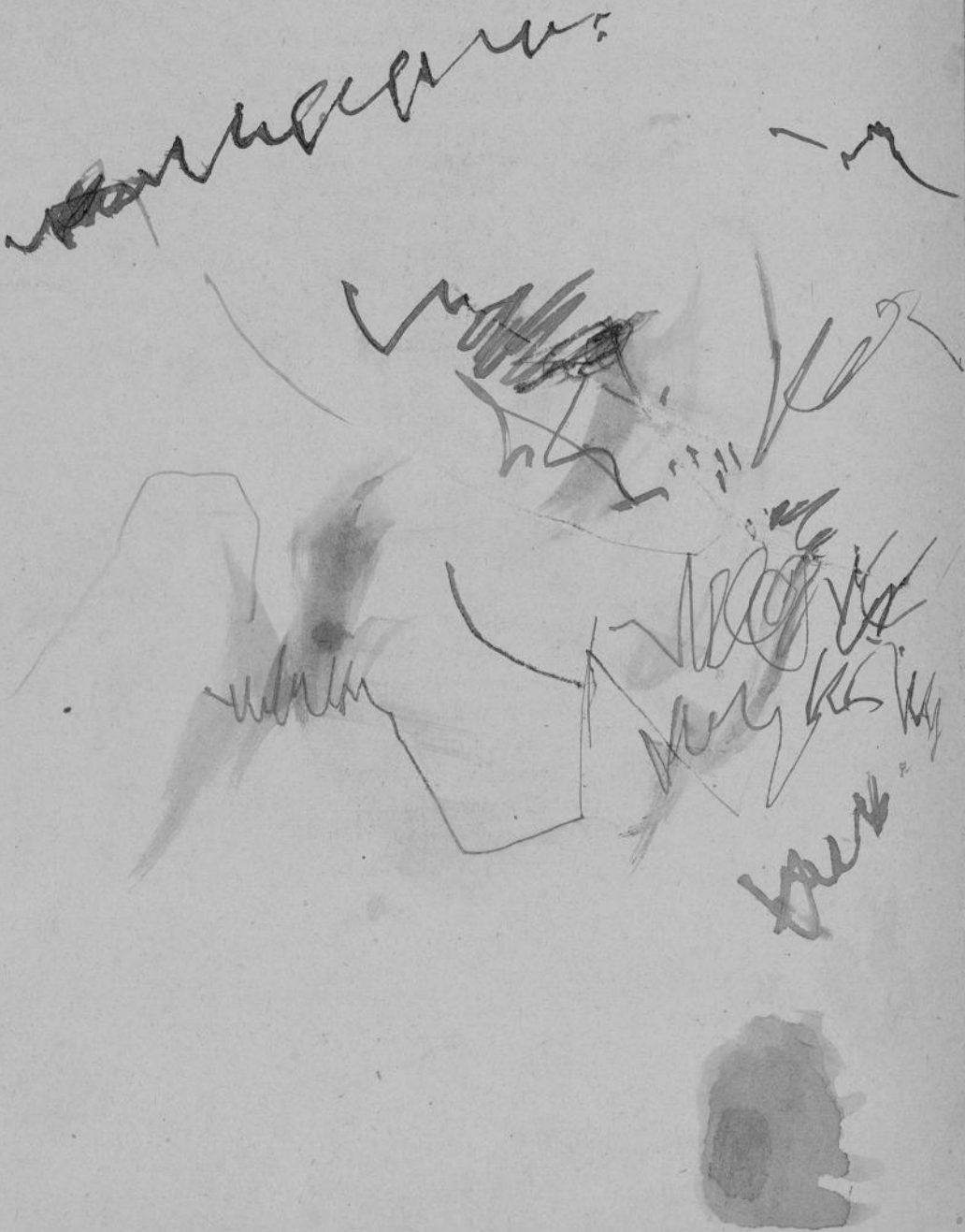
—

Dicho esto, cerróse el muro;
quedó la bolsa en el suelo,
y ante ella, el mendicante
entre atónito y perplejo.
Restregándose los ojos,
juzgando lo visto un sueño,
echó la mano al saquillo,
descreído hasta el extremo;
estrujólo bien por fuera
y halló solamente hierro.
Sonriendo despechado
por la broma de mal género,
metió la mano en el bolso
y, ¡cuál fué su asombro, viendo
que, al sacarla, relucía

© Biblioteca Nacional de España

un ducado entre sus dedos!
Vuelve á meterla. Lo mismo.
Introdúcela de nuevo.
Lo mismo. ¡Diez, veinte, treinta!
¡Cuarenta, sesenta, ciento!
Velocidad automática
mueve aquella mano; el tiempo
para él no corre, vuela.
¿Se cansa el brazo derecho?
Pues ya, para reemplazarle,
dispuesto se halla el izquierdo.
Crece su afán como crece
el mar, el aire y el fuego.
¡Ya tiene un millón! Es poco.
Toma frugal alimento.
¿Y dormir? ¿Cómo dormir?
¿Cómo abandonar aquello
ni un instante? Él ambiciona
dos millones, por lo menos.
Calcula que ya los tiene,
pero dice, loco y ciego:
—Saquemos otro millón.
Y vuelve á sacar de nuevo.
Pero casi extenuado,
más que rendido y sediento,
la calentura le ofusca
y le trastorna el cerebro.
Mete la mano otra vez,
mete la mano... y cae muerto,
miserable cual vivió
y dejando al pasajero
todas aquellas riquezas,
base de insensato anhelo,
sin apreciar sus delicias,
sin gozar de sus efectos.

© Biblioteca Nacional de España



© Biblioteca Nacional de España

XVI

RECOMPENSAS TARDÍAS

Cuenta añeja tradición
lo que os voy á referir.
Cierta Ardilla entró á servir
á su monarca, el León.

© Biblioteca Nacional de España

Éste, severo y rugiente,
no dejaba de ordenar.
La Ardilla, sin replicar,
era á su rey obediente.

—

Y al cabo de la jornada
cada cual iba á su lecho.
El monarca, satisfecho;
y la infeliz, destroncada.

—

—Ardilla: al momento aquí.
—Ardilla: al instante allá.
—Ardilla: trae eso acá.
—Ardilla: lleva eso allí.

—

—Ardilla: baja á aquel prado.
—Ardilla: sube á aquel cerro.
—Ardilla: cuida del perro.
—Ardilla: cuida el ganado.

—

Este modo de mandar
y constante obedecer;
y este correr y correr,
hiciéronla adelgazar.

—

Y harta de estar trabajando
sin ver remuneración,
díjole humilde al León:
—Señor: ¿qué voy yo ganando?

—

Y el León con extraordinario
acento de ira y desprecio,
respondió:—Ganas... mi aprecio
y el sustento necesario.

—

Si pudiéndote dejar
con un mordisco sin vida,
te doy afecto y comida,
¿qué más puedes desear?

—

Lloró la Ardilla sus males
aquellas frases oyendo,
y continuó diciendo
el rey de los animales:

© Biblioteca Nacional de España

—Mas aunque respondo así
á tu culpable osadía,
indigno de mi hidalguía
fuera el abusar de tí.

—

Un rey, cual yo poderoso,
no se excede en su poder.
Al contrario, debe ser
justiciero y generoso.

—

Sé que galardón mereces;
y pues que las nueces son
tu predilecta pasión,
te daré un saco de nueces.

—

De inefable gozo henchida,
la Ardilla, que no esperaba
tal proceder, y que estaba
entre la muerte y la vida,

—

se echó á los pies del León;
y en tan humilde actitud,
demostró su gratitud
con respetuosa expresión.

—

Después siguió como antes
obediente y trabajando,
y siempre desempeñando
los casos más apremiantes.

—

Atenta al menor deseo
del León, le obedecía.
Era su edecán, su guía,
y su incansable correo.

—

Muchos años vió pasar
sufriendo tales reveses,
y todo, menos las nueces,
vió en aquel tiempo llegar.

—

Al fin, un día, el León
dióse con fuerza inclemente
una zarpada en la frente,
lanzando esta exclamación:

© Biblioteca Nacional de España

—¡Juro por toda mi grey
que perdón no se merece
quien no cumple lo que ofrece,
y más si el que ofrece es rey!

—

La Ardilla aquel mismo día
vió en su poder nada menos
que tres sacos, todos llenos
del fruto que apetecía.

—

Con indecible placer,
sobre las nueces se lanza.
Pero ¡ay! ¡Vana esperanza!
Ya no las puede romper.

—

Hace esfuerzos increíbles;
mas todo tiempo perdido.
Los dientes que no han huído,
están flojos ó inservibles.

—

¡Cuántos hay que del Poder
aguardando el premio viven,
y cuando el premio reciben
ya no lo pueden... *roer!*

© Biblioteca Nacional de España

XVII

EL CONGRESO DE LAS COTORRAS

En el mundo irracional,
todos los seres pequeños,
cansados de que el León
fuese monarca supremo,

© Biblioteca Nacional de España

señor de vidas y hacienda,
en un campo se reunieron,
y en masa aves y reptiles,
y cuadrúpedos é insectos,
se dirigen donde está
el rey melenudo y fiero.
Éste ve llegar á todos
con sorpresa, mas sin miedo.
Y por el aire los unos,
y los otros por el suelo,
le rodean al instante
sin temor, mas con respeto.
—¿Qué sucede?—el León pregunta,
algo el hocico frunciendo;—
grande debe ser la causa
que mueve tan gran ejército.
—Señor, dispensad la forma,
—dice al rey un zorro viejo,
que en asuntos diplomáticos
ha dado pruebas de serlo.
—Lo que á pedirle venimos
es lo que exige el progreso.
Imitando á los humanos,
y es justo imitar á ellos,
queremos Constitución.
Una cámara queremos
en que esté representado,
por sufragio, todo el pueblo.
Bajó el zorro la cabeza
y esperó tranquilo el trueno.
Pero, cuál no fué su asombro
al ver que el León, sacudiendo
la melena, respondióle:
—Todo lo que me has expuesto
es justo, es legal, y yo
impedíroslo no puedo.
Nombrad los representantes.
Ahí, en el vecino cerro,
existe una inmensa cueva
del Estado, y os la cedo
para que vuestras reuniones
tengan un carácter serio.
—¡Viva el rey!,—gritaron todos
con un vocerío inmenso.
Y el zorro, en breve discurso,

© Biblioteca Nacional de España

pero de lisonjas lleno,
díjole: que si posible
fuera el aumentar con hechos
su grandeza omnipotente,
la hubiera aumentado aquello.

—

Reunidos en otro campo
los que la demanda hicieron,
discuten quiénes serán
los que ha de mandar el pueblo
para que los representen
y defiendan sus derechos.
¿El asno?... Dará rebuznos,
y poco elocuente es eso.
¿El cerdo?... Dará gruñidos.
Queda descartado el cerdo.
¿La rana?... Con su *crá-crá*
produciría rabia ó sueño.
¿Pájaros?... Pían ó cantan,
mas, ¿qué quiere decir eso?
¿El perro?... Ladra ó aúlla.
Tampoco conviene el perro.
¿Insectos?... Mudos ó zumban.
Y, además, son muy pequeños.

. . . . . .

Así pasando revista
se ven en un gran aprieto,
hasta que un elector dice:
— Señores: ya los tenemos.
— ¿El qué?
— Los representantes
de ese futuro congreso.
Si lo necesario allí
es, según lo que yo entiendo,
hablar mucho, las cotorras
son las que nombrar debemos.
Con un general aplauso
fué saludado el proyecto,
pero de haberlo acogido
bien pronto se arrepintieron:
cada una con su tema,
y lo mismo repitiendo,

© Biblioteca Nacional de España

charlaban, mas sin hacer
ningún beneficio al pueblo.

—

Y alguien suele suponer,
al ver nuestros Parlamentos,
que de aquellas elecciones
hemos seguido el ejemplo.

© Biblioteca Nacional de España

ÍNDICE

PÁGS.

I. — El cocinero y el gato. 5
II. — El abolengo. 9
III. — El loco y su sombra. 13
IV. — La conciencia. 17
V. — La Fortuna y los tres compañeros. 21
VI. — Lágrimas y bombones. 25
VII. — El suicidio. 29
VIII. — Ernesto y Germán. 33
IX. — Ascensión y descenso. 37
X. — El Concierto europeo. 41
XI. — Zapatero... á tu zapato. 45
XII. — La igualdad. 49
XIII. — El mono miope. 53
XIV. — En la oposición y en el poder. 57
XV. — La avaricia. 61
XVI. — Recompensas tardías. 65
XVII. — El congreso de las cotorras. 69

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Colección económica de las obras más escogidas de la literatura contemporánea, formando elegantes tomos en folio, profusamente ilustrados, con artística cubierta en colores.

Pascua florida, por G. Martínez Sierra. — Esta hermosa novela de costumbres forma un lujoso tomo, profusamente ilustrado por el distinguido artista Apeles Mestres.

Entre dos Océanos. El rey de las praderas. El río de oro. Viajes y aventuras, por Luciano Biart. — Estas interesantes obras forman cada una un elegante tomo, ilustrado con multitud de dibujos de los celebrados artistas F. Lix y A. Utrillo.

Las alas de Ícaro. Novela de los últimos tiempos de la república ateniense, por Federico Climent Terrer. — Forma un magnífico volumen, espléndidamente ilustrado por el renombrado artista J. Pey.

Los ex libris *y su actual florecimiento en España*, por R. Miquel y Planas. — Un fascículo en rústica, con ilustraciones reproduciendo ex libris españoles y extranjeros, antiguos y modernos.

Aventuras de un grillo, por el Dr. Ernesto Candéze. — Forma un precioso volumen, adornado con multitud de grabados, ejecutados por C. Renard.

En las Pampas. Narración de costumbres sudamericanas. ***Nuevos horizontes.*** Cuadros de la vida moderna en la América del Sur, por Emilio H. del Villar. — Estas dos hermosas producciones literarias forman un solo volumen, con ilustraciones de J. Pey.

Colón. Poema, por Ramón de Campoamor. ***La devoción de la cruz.*** Comedia, por Pedro Calderón de la Barca. ***El milagro por los celos.*** Comedia, por Fray Félix Lope de Vega Carpio. — Estas tres celebradas producciones constituyen un solo volumen, con ilustraciones de J. Pascó, F. Xumetra, J. Pey y A. Utrillo.

Ruiamán. Narración de la época del hombre y del oso de las cavernas, por el Dr. D. F. Weinland. — Esta importante obra forma un elegante volumen, ilustrado con multitud de bellísimos grabados.

El Caudillo de la Industria *ó La historia de un Millonario*, por Upton Sinclair. — Forma un elegante tomo, tamaño octavo prolongado, con hermosa cubierta en colores, original de C. Vázquez.

Salvat y C.ª, S. en C., editores * Barcelona

© Biblioteca Nacional de España

AVENTURAS MARAVILLOSAS DE ARQUIBALDO

ó El Cuento de los Cuentos

por

* * Harry Rountree y S. H. Hamer * *

12 láminas en negro y colores

49 grabados en negro

Este curioso libro de cuentos forma un elegante volumen en cuarto mayor, de 76 páginas, esmeradamente impreso en excelente papel y encuadernado con bonitas tapas.

Salvat y Compañía, S. en C., editores :: Barcelona

© Biblioteca Nacional de España